

LA ENÉSIMA VÍCTIMA

Lamentablemente debo confesar que soy víctima de la violencia de género, una víctima más de un delito cometido en la intimidad y la impunidad del hogar. Pero dejen que les cuente mi historia, una historia triste y amarga, que sirva de ejemplo a todas las mujeres que aún están a tiempo de rectificar con el fin de no caer en el mismo error que yo.

Hace años, cuando todavía era una joven risueña y vivaracha, abrumada por la felicidad, me sentí orgullosa al observar la sangre derramada tras yacer por primera vez con el hombre que amaba. De hecho, perdí la virginidad porque deseaba entregarme en cuerpo y alma a esa persona. Resulta harto comprensible que por aquel entonces, con la ingenuidad propia de la juventud, de mis ojos brotaran lágrimas candorosas. No podía imaginar que en el futuro volvería a derramar lágrimas y sangre, pero ya no de felicidad, sino de angustia y de dolor.

Pero no adelantemos acontecimientos y empecemos por el principio.

El noviazgo fue un camino de rosas, dado que el romanticismo inundaba mi vida como un cuento de hadas. Llegué a la boda henchida de alegría y sueños, embargada de una emoción que rezumaba por todos los poros de mi piel, creyendo que el séptimo cielo duraría eternamente. Craso error. Me quedaría con la miel en los labios, ya que la magia se acabó como por ensalmo y pronto surgieron las desavenencias. Los reproches y las discrepancias no tardaron en aparecer. Primero fue un simple empujón, luego un cachete... hasta el día en que llegó la temida bofetada. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Los expertos dicen que si la primera vez que te faltan al respeto lo toleras, si consientes y callas, estás perdida. Entonces, ¿por qué perdoné semejante infamia?

Quizá me hallaba demasiado estupefacta para reaccionar como es debido. Estaba atónita y avergonzada. Mi cerebro era un crisol en el que se habían dado cita un sinnúmero de emociones que se amalgamaban en feroz vorágine: perplejidad, angustia, impotencia, decepción, soledad...

ser nada en la vida y ver cada día reflejada en el espejo la imagen de un hombre vulgar. De hecho, pasar inadvertido le sumió en un estado de crispación permanente. Para superar su complejo de inferioridad solía beber por las tardes, a la salida del trabajo, y una vez inspirado con los vapores etílicos, comenzaba su violento recital para aliviar sus engaños. Alguien tenía que pagar los platos rotos y yo era la persona más cercana. Me convertí en el chivo expiatorio, en la válvula de escape a su frustración emocional. En adelante acabaría por descargar sobre mí su ira machista y su odio hacia una sociedad que le negaba el éxito por carecer de cualidades.

Un día, después de zarandearme, llegó la primera paliza. Una vil demostración de quién era mi dueño, que le pertenecía como una mascota a quien se exigía obediencia ciega a un amo sin piedad. Ansioso por hacer ostentación de hombría se vengó en mí. Mientras me golpeaba me harté de suplicar en vano. Supongo que mi dolor debía actuar como un estímulo para él. Cuanto más me veía llorar, con más saña me pegaba y luego se quedó observando con un regocijo mal disimulado.

Pasé la noche en vela, frustrada y deprimida, agazapada junto al fregadero como un cachorro indefenso, llorando desconsoladamente hasta que se agotaron mis lágrimas y, consciente de mi desgracia, reflexioné en el terrible destino que me aguardaba. Con la escasa entereza que me restaba, tomé una decisión. Para no provocar un divorcio que mataría del disgusto a mi anciana madre y escandalizaría a mi familia, decidí aguantar impasible bofetadas, puñetazos y patadas. Sellaría mis labios para evitar la vergüenza que suponía el fracaso de mi matrimonio, aunque eso significara pasar a engrosar la lista de víctimas de mujeres que son maltratadas por su cónyuge. Una decisión equivocada. Pero no existe bálsamo para una conciencia atormentada. Perdida la dignidad, ajena a todo pudor, me hallaba sumida en la desesperación, abrumada por la pesadumbre.

Sí, con objeto de guardar las apariencias y salvar nuestra relación, sucumbí al chantaje de la compasión. Él se aprovechaba de mi cobardía comprando mi perdón con palabras de arrepentimiento asegurándose así de mi silencio, en tanto seguían las palizas de rigor, porque resultaba evidente que después de cierto tiempo se habían convertido en algo tan habitual como ducharse o ver la tele. En adelante sería un alma en pena, deambulando por la

En aquel dramático dilema, como toda mujer enamorada, turbada por la agresión y sus futuras consecuencias, cedí a sus disculpas engañada por un falso arrepentimiento, dejé embaucarme por aquella piadosa mentira. Una sibilina añagaza con el objetivo de seguir zurrándome a voluntad. Pero aquello era algo que todavía ignoraba...

Nuestra relación caminaba por un alambre demasiado fino. No era el momento de hurgar en la vieja herida, sino de limar asperezas, de olvidar rencillas para apaciguar los ánimos y regresar a la senda del afecto, porque dicen que el roce hace el cariño. De modo que para recobrar el equilibrio de pareja, era necesario actuar con un poco de comprensión y de confianza mutua. Nunca he sido persona rencorosa y puesto que la posibilidad de una ruptura conyugal me horrorizaba, decidí dar otra oportunidad a mi marido con la intención de salvar un matrimonio que hacía aguas. Pero la promesa que tan lamentable incidente no se repetiría, quedó en eso... en una simple promesa.

Poco a poco fui sufriendo una lenta metamorfosis. Me desengañé del juramento de felicidad eterna, mi alegría se ensombreció y mi júbilo se desvaneció dejando paso a la incertidumbre. Mi singular universo de ilusiones se derrumbó como un castillo de naipes. Tardé poco en despertar del sueño y topar con la cruda realidad. A medida que iba transcurriendo el tiempo, me percaté de mi equivocación al descubrir la naturaleza violenta de mi esposo. Salió a relucir una faceta de su carácter que había permanecido oculta bajo una pátina de simpatía. Lo que al principio parecía un lance desafortunado, acabó por convertirse en una fea costumbre que dio origen a un rosario de sinsabores. Y así, lo que yo creía una reacción inexcusable derivó en dramática rutina. Los suspiros de pasión se tomaron sollozos de dolor, las zalamerías en miradas crueles, las yemas de sus dedos en puntas lacerantes, los gestos afebles en arrebatos de furia, el gozo en odio. El haber estado enamorada de un hombre así, se me antojaba una broma siniestra. El precio que debería pagar por una felicidad temporal.

¿Cuántas veces traté de encontrar una explicación a su infame comportamiento? Quizá fuera el hecho de vivir en un mundo donde sólo interesan los triunfadores, donde se idolatra a los ganadores y se ignora a los fracasados. No soy una experta en el tema, pero analizando el motivo de su conducta, sólo puedo atribuirlo a delirios de grandeza: a su frustración por no

vida sin ton ni son, mientras la angustia me devoraba el corazón y la aflicción me corría el alma. Capearía la fatalidad mientras caía en una irreversible espiral de ignominia y padecía mi calvario con estoicismo. Era una cuestión de orgullo. Maldecía en silencio los caprichos del azar. Pero mi única opción era callar y sufrir las palizas sin rechistar, esperando que los golpes no fueran demasiado fuertes. Era la triste realidad con la que debía lidiar día tras día y noche tras noche. Me había transformado en otra de las víctimas anónimas que lloran de impotencia en la soledad de sus hogares.

¿Por qué no denuncié los hechos? Al principio por amor. Pues siempre acababa disculpándose y yo, tonta de mí, perdonándolo. Sentía lástima y me daba pena arruinar el sagrado vínculo. Pero después de cada arrepentimiento, volvían los golpes. Con el paso del tiempo, fui acostumbrándome a los malos tratos, a la humillación y a la pérdida de la escasa dignidad que aún me restaba. Como si tan vejatorio comportamiento fuera una condición inherente al matrimonio. Además ¿qué conseguiría? Posiblemente que un juez con criterios misóginos calificara el hecho de agresión desafortunada, me acusara de falta de humildad y de sembrar cizaña. O peor aún, debería escuchar ruborizada la amonestación del magistrado recriminándome por exagerar en mis quejas. La denuncia seguramente se perdería entre el revoltijo de papeles del escritorio del juez de turno, quien nunca habría levantado la voz a su mujer. En lugar de condenarle a raíz de mis lesiones, la culpabilidad de mi verdugo quedaría diluida en la impunidad judicial con una sentencia favorable. Y que luego, al regresar a casa, hubiera represalias zurrándome de lo lindo, consumando su particular *vendetta*. Un hombre capaz de propinar una tunda a su joven esposa por capricho, no quiero ni imaginar de lo que sería capaz de hacer por venganza.

Tardé más de una semana en recuperarme de la primera paliza.

Guardé en secreto aquella herida sangrante y me resigné a mi suerte, o quizá debería decir a mi mala suerte. Tal vez una persona más valiente se hubiera dejado de lamentaciones sobreponiéndose a la adversidad. En semejante situación no había lugar para sentir lástima ni autocompasión. Para sobrevivir a dicha pesadilla, una mujer tenía que ser fuerte y valiente. Llegaría a la conclusión que estaba vencida, pero no derrotada. El instinto de

supervivencia acudiría en su ayuda. Preservaría su dignidad levantándose de nuevo y miraría hacia delante para seguir viviendo lo que el futuro le deparara.

Pero soy una mujer timorata. Cada vez que oía entreabrirse la puerta y aparecía mi verdugo, desde lo más profundo de mi corazón elevaba una muda plegaria. Aunque llegó un punto en que ni siquiera la religión podía reconfortarme. ¿Dónde estaba el Ser Supremo que pregonaba la Iglesia cuando sollozaba de angustia y gritaba de dolor? ¿Acaso responde a la voluntad de Dios que mi marido me maltrate con tanta frecuencia? ¿Es justo que el tirano de mi esposo llegue tranquilamente a viejo para ir al averno tras pasarse toda una vida creando un infierno para mí?

Una vez aceptado el fracaso de mi relación sentimental, para evitar la sombra de la sospecha, no tuve más remedio que tragarme el orgullo y templar la desazón de saber lo que me aguardaba noche tras noche entre las paredes de la cocina o en la intimidad de la alcoba. Nadie sabe lo que ocurre entre dos personas detrás de una puerta cerrada. Es posible que algunas mujeres hayan pasado por el mismo calvario que yo. Me estremecía al pensar que mi marido regresaría a casa al anochecer, borracho perdido y dispuesto a descargar su ira seis noches de cada siete y eso durante meses y años. Una mirada al espejo bastaba para hacerse una idea que soy una mujer frágil, que no podía enfrentarse a un hombretón de uno ochenta y cinco de estatura y noventa kilos de peso. ¿Quién de ustedes teme que su marido coja un utensilio de cocina con intención de desfigurarlas? ¿Pueden entender siquiera lo que he tenido que soportar un día sí y el otro también? ¿Alguien puede acusarme de pusilánime? Pues presten atención. No satisfecho con tales agresiones y aburrido de golpearme, en una ocasión me cogió por el cabello, me arrastró escaleras abajo hasta un fogón de la cocina. Encendió el fuego y cuando estaba al rojo vivo, sujetó mi mano contra el metal hasta que perdí el conocimiento de dolor. Todavía conservo la huella de dicha atrocidad. Es obvio que una vez descubierta la personalidad enfermiza de mi marido, no es de extrañar que le tuviera miedo, un terror que me roía las entrañas hasta dejarme sin aliento.

Y vuelta a empezar. Nuevo varapalo. Pese a que mi cuerpo, aún joven reclamaba las caricias de un amante enamorado, sólo sufría las secuelas de los malos tratos. La obsesión de mi marido por apalizarme llegó a provocarme

una depresión y síntomas de ansiedad hasta convertir mi vida en una auténtica pesadilla. Con la misma fuerza que era vapuleada, el sufrimiento interior me desgarraba el corazón abrumado por el drama de mi experiencia conyugal.

A veces, de madrugada, me levantaba sin hacer ruido para contemplarme en el espejo. Al atisbar los cardenales que afeaban mi rostro, trataba de disimularlos mediante el maquillaje, con una venda o recurría al cuento que había tropezado en la oscuridad. La situación empeoró tanto que ya no había vendajes, potingues ni excusas para ocultar la verdad. Mi cuerpo estaba cubierto de cicatrices y magulladuras. Los labios hinchados, los azotes en la espalda, la cojera... demasiadas palizas para negar lo evidente: me había convertido en una víctima más de la violencia de género. La enésima víctima.

Ya no me quedan lágrimas ni me quejo al ser maltratada. Es fácil acostumbrarse a la brutalidad porque con el tiempo aumenta el umbral de dolor que podemos llegar a soportar. Mucho peor es aprender a convivir silenciosamente con el fracaso, despertarse cada día sabiendo que nos aguarda una nueva jornada de sufrimiento. Lo cierto es que, asustada ante la perspectiva de tan dramática situación, a veces he tenido miedo a ser víctima de un crimen pasional. No soy la primera, ni desgraciadamente tampoco seré la última de esa plaga que corroe los cimientos de nuestra civilización llamada violencia de género, un nombre demasiado suave para designar las agresiones y abusos a los que muchas mujeres se ven sometidas a lo largo de sus vidas por maridos machistas.

Quizá debería reaccionar antes de que sea demasiado tarde, antes de que la cocina se convierta en mi sepulcro, un bello sepulcro de mármol, pero tumba al fin y al cabo. Es fácil decirlo, no obstante... Reconozco mi cobardía. Mi marido es tan grande y tan fuerte que me da un miedo atroz, un pánico cervical.

Disculpen un momento... Oigo la cerradura de la puerta... Mi marido acaba de llegar, apesta a alcohol y viene de mal humor... Me grita cabreado... Se dirige hacia mí y yo le observo con ojos afligidos, temerosos, como sólo puede tener una mujer que sabe que le van a pegar... Estoy aterrada... Levanta su mano... ¡Oh, Dios mío! ¡Otra vez no, por favor, no!

8. LA ENÉSIMA VÍCTIMA

Ramón GR (63a)



10. LIKES Y CONSECUENCIAS

INS Poblenuu. David C (19a)

#SOYFUERTE #SOYAMBICIOSA
Y SÉ EXACTAMENTE LO QUE QUIERO.



11. MUJERES

Institut Poblenou ECAIB. Anthony M (27a)



12. HOLD YOUR IDEAS

INS Pobleanou ECAIB. Hugo M (18a)

Liber(ARTE) de todo eso

Vivimos en un mundo mágico pero a la vez crítico.
Donde queremos igualdad y no por eso todos somos iguales.

La esencia de cada quién nos hace especiales,
y muchas veces hay ojos y mentes que no aceptan la diversidad que nos enriquece,
para quien sabe apreciar la maravilla de la que somos capaces...

Por encima de todo, se tu,
siente, vibra y crea como solo tu sabes,
no juzgues y dale la mano a aquel que la necesita.

Llena tu alma, aprende y enseña aquello de lo que sabes al mundo.

Muchas veces las personas
tendemos a estar más pendientes del comportamiento del otro,
olvidándonos de que eso que nos perturba en él,
es aquello que se refleja de nosotros mismos;

Hablemos de las inseguridades, las limitaciones,
las amenazas, las exigencias, las prohibiciones
o incluso de las agresiones, que muchas veces vemos y vivimos en las relaciones
actuales...

Siempre solemos ver una víctima clara,
o no tan clara en estos casos.
Pero analizemos al acusado o agresor,
esa persona de que carece?

Nada justifica ciertas cosas,
por eso es importante cuidarnos a nosotros mismos primero,
para ofrecer lo mejor al resto después,
porque al fin y al cabo todos necesitamos de todos.

Y sin quererte a ti tampoco podrás querer *bien* a nadie.

Todo tiene un proceso, y todo se estructura mejor libremente.

Lo que hagas hoy, será el mañana
y lo puedes haber modificado de aquello que te transmitieron ayer...

Se dueño de ti y de tus pensamientos y acciones.

18. LIBERA (ARTE) DE TODO ESO

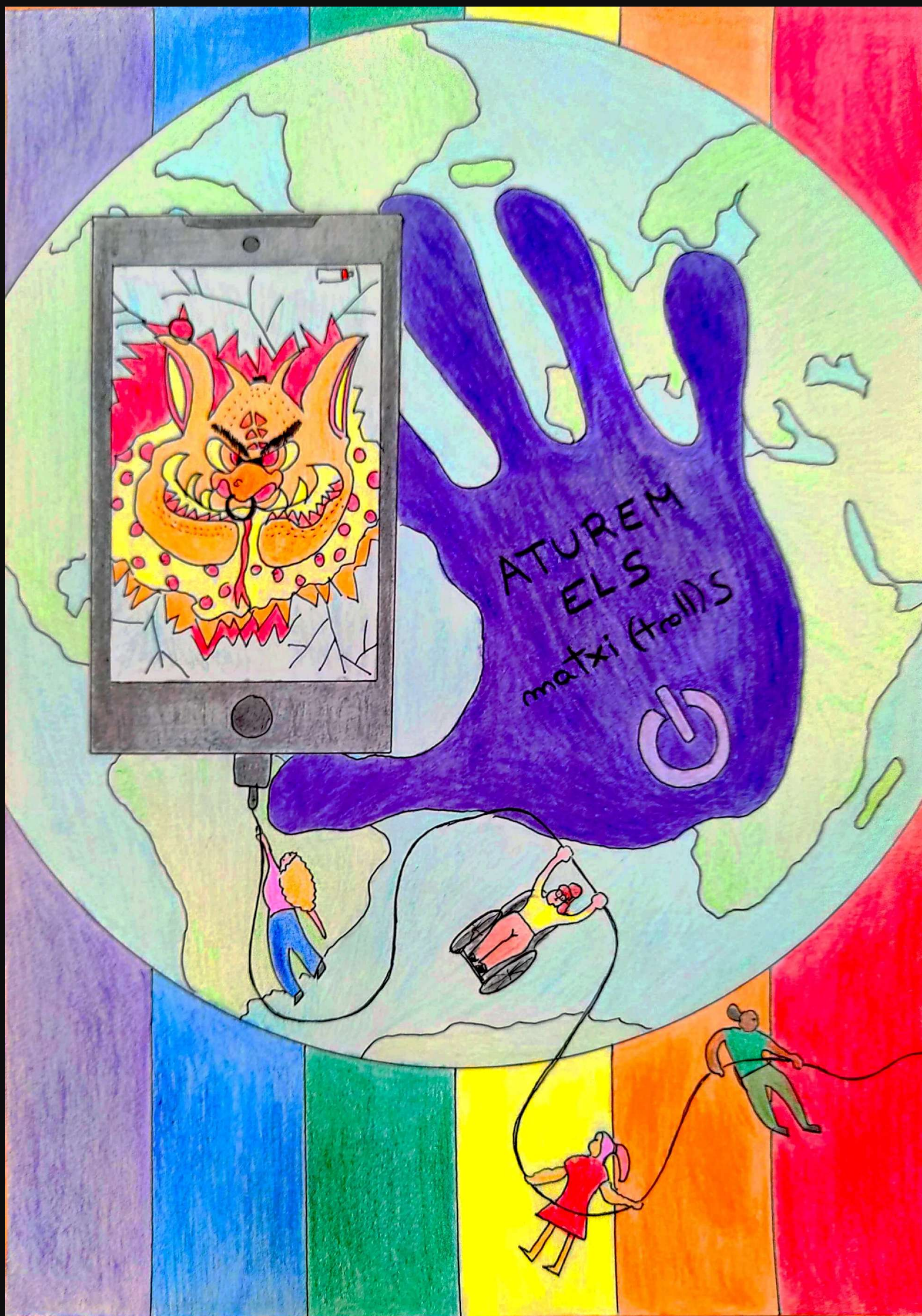
INS Alexandre Galí. Carla M (18a)





22. TORNA A RESPIRAR

INS Alexandre Galí. Maria N (20a)



23. STOP DIGITROLLS

INS Alexandre Galí. Susana A (29a)

El silencio

El silencio fue mi salvación y mi revolución.

Callaba, asentía, pero nadie me oía.

Noches y días, la bestia me perseguía.

Quería ser libre dentro y fuera de ese mundo,
entre filtros, llamadas y notificaciones.

Sus mensajes me alertaban que el seguiría,
observando todo lo que yo hacía:
escapadas, comentarios... y por todos persistía.

Supe que no pararía, al verle en mi portal
alegando una abrupta casualidad.

Días después, los encuentros fueron a más,
Entre cafés con amigas, yendo al trabajo o
posteando historias en mis perfiles.

Su dominio era, real y virtual.

¿Cómo podía escapar?

Mi privacidad había huido, en silencio, y sin vocear.

Todo, absolutamente todo
giraba alrededor de esa desafortunada realidad.

Decidí sacudir todo lo que me decía y mentía,
siguiendo mi camino, acompañada del miedo,
pero también de mucho brío, decidí declararme.

Mostrar al mundo su maldito ego y obsesiones presentes,
dentro y fuera de la pantalla, con el fin de no perderme.

Evidentemente, hubo miles de interpretaciones de la historia,
pero después de tanto tiempo, ninguna me hizo vulnerable.

Porque somos y seremos las que vencimos al miedo, al silencio.

A GOLPES DE CLIC

Silencio, en ese juego en el que, sin querer formar parte,
te engulle la escena.

- "Solo es un juego".

El chantaje de culpas ajenas escalando soledades. A golpes
de clic, amparado en ese espacio cómplice tecla en mano.

Carta blanca para disponer de una anulada existencia. Protegido
tras la intimidación de una pantalla que agrede cobardemente su ya
maltrecha rutina diaria.

Distraída sociedad, protagonista., a veces cómplice, de un anonimato
con tantos monstruos como víctimas. A golpes de clic, - "todo queda en casa".

- ¿Por qué a mí?

A kilómetros de distancia se siente culpable.

Te equivocas. Una extraña sensación te hace dudar; dudas de ti.
Sabiendo que eres víctima te sientes pequeña, ridícula, ignorada,
desprotegida...

A golpes de clic, de forma totalmente consciente, alzas la voz, clicas...

Y dices- ¡BASTA!



35. MATXX

INS Alexandre Galí. Marta P (19a)

Robel



40. TU TENS LA CLAU!

Carme R (48a)



41. DARDOS DE CARACOL

INS Les Salines. Júlio Antonio G (48a)

ENLLAÇ: <https://www.youtube.com/watch?v=6DbhbolG9yo>